

CAPITULO XI.

Quién era el viejo hermitaño, y cómo conoció Gil Blas que se hallaba en pais de amigos.

Luego que Don Alfonso concluyó la triste relacion de sus infortunios, le dixo el hermitaño: hijo mio, mucha imprudencia fue el haberos detenido tanto en Toledo. Yo miro con muy diferentes ojos que vos todo lo que me habeis contado, y vuestro amor por Serafina me parece una verdadera locura. Creedme á mí. Es menester absolutamente olvidar á la tal dama, la qual ciertamente no se destina para vos. Ceded voluntariamente á los grandes impedimentos que os desvian de ella, y abandonaos á vuestra estrella, la qual, segun todas las apariencias, os promete muy distintas aventuras. Sin duda encontrareis con alguna bella joven, que hará en vos la misma impresion, sin que hayais quitado la vida á ninguno de sus hermanos.

Iba á decirle otras muchas cosas mas para exórtarle á la paciencia, quando vimos entrar en la hermita otro hermitaño cargado con unas alforjas bien llenas. Venia de Cuenca, donde habia hecho una quèsta muy copiosa. Parecia
mas

mas mozo que su compañero, de barba roxa, espesa, y bien poblada. Bien venido, hermano Antonio, le dixo el viejo anacoreta: ¿qué noticias nos traes de la Ciudad? Bien malas, respondió el hermano barbirroxo: ese papel os las referirá; y entrególe un billete cerrado en forma de carta. Tomóle el viejo, y despues de haberle leído con toda la atencion que merecia su contenido, exclamó: ¡loado sea Dios! Pues se há descubierto ya la mecha, tomemos otro modo de vivir. Mudemos de estilo, prosiguió, dirigiendo la conversación al joven caballero. Aquí teneis un hombre con quien juegan como con vos los caprichos de la fortuna. Escríbenme de Cuenca, distante una legua de aquí, que me han puesto muy mal en el concepto de la justicia, cuyos Ministros deben venir mañana á prenderme en esta hermita. Pero no encontrarán la liebre en el nido. No es la primera vez que me veo en este apuro; y gracias á Dios casi siempre he sabido salir de él con honra y desembarazo. Voy á presentarme en otra nueva figura; porque habeis de saber que tal qual me veis, nada menos soy que hermitaño ni viejo.

Diciendo y haciendo se despojó del saco grosero y talar, que le llegaba hasta los pies; dexóse ver con una jaquetilla ó capotillo de sarga negra con mangas perdidas. Quitóse el capuz, desprendió de él un sutil cordon, que sostenia su gran barba postiza, y presentó á los ojos de los circunstantes un mozo de veinte

y ocho á treinta años. El hermano Antonio, á su imitacion, hizo lo mismo: desnudóse del hábito y de la barba heremítica, y sacó de una arca vieja y carcomida una raida sotanilla, con que se cubrió lo mejor que pudo. ¿Pero quién podrá concebir lo admirado y aturdido que quedé quando en el viejo hermitaño reconocí al Señor Don Rafael, y en el hermano Antonio á mi fidelísimo criado Ambrosio de Lamela? ¡Vive Dios! exclamé al punto, sin poderme contener, que yo estoy en país y tierra amiga. Así es, Señor Gil Blas, dixo riendo Don Rafael. Sin saber cómo ni quando te has encontrado con dos grandes y antiguos amigos tuyos. Confieso que tienes algun motivo para estar quejoso de nosotros; pero pelitos á la mar; olvidemos lo pasado, y demos gracias á Dios de que nos ha vuelto á juntar. Ambrosio y yo os ofrecemos nuestros servicios, que no son para despreciados. Nosotros á ninguno hacemos mal, á ninguno apaleamos; á ninguno asesinamos. Solamente queremos vivir á costa agena. Agrégate á nosotros dos, y tendrás una vida andante, pero alegre. No la hay mas divertida, como se tenga un poco de juicio y de prudencia. No ya porque á pesar de ella el enlace y conjuncion de las causas segundas no nos produzcan aventuras molestas y poco gratas; pero se van las duras con las maduras, y suelen ser mas las buenas que las malas. Fuera de que acostumbrados á la variedad, es parte de diversion la misma mudanza de fortuna.

Se-

Señor Caballero, prosiguió el falso hermitaño volviéndose á Don Alfonso, la misma proposicion os hacemos á vos. Paréceme que no la debeis despreciar en la situacion en que os hallais. Además de la precision de andar siempre fugitivo y retirado, tengo para mí que no estais muy sobrado de dinero. No ciertamente, dixo Don Alfonso, y eso mismo es lo que aumenta mi afliccion. Ea pues, repuso Don Rafael, buen ánimo, no nos separemos los quatro: este es el mejor partido que podeis tomar. Nada os faltará en nuestra compañía, y nosotros sabremos hacer inútiles todas las diligencias y requisitorias de vuestros enemigos. Hemos corrido toda España, y tenemos conocidos todos sus rincones. Sabemos todos los bosques, matorrales, sierras, quebradas, cuevas y escondrijos, asilos segurísimos contra la Justicia. Agradecióles Don Alfonso su buena voluntad; y hallándose efectivamente sin dinero y sin recurso, resolvió ir en su compañía. Yo tambien me determiné á lo mismo, por no dexar aquel joven, á quien habia cobrado ya una grande inclinacion.

Convenimos, pues, todos quatro en andar juntos y en no separarnos. Consultóse entónces, si partiriamos en aquel mismo punto, ó si nos detendriamos primero á dar un tiento á una bota llena de excelente vino que el dia anterior habia traído de Cuenca el hermano Antonio; pero Don Rafael, como mas experimentado, fue de parecer que ante todas cosas se debia pensar

sar en nuestra seguridad; y que así era de sentir que caminásemos toda la noche para ganar un bosque muy espeso que había entre Villardesa y Almodovar, donde haríamos alto, y libres de toda inquietud reposaríamos el día siguiente. Abrazose este parecer, y los dos hermitaños acomodaron su ropa y demas provisiones en dos grandes pares de alforjas, y equilibrando el peso lo mejor que pudieron, las echaron á las ancas del caballo de Don Alfonso. Todo esto se executó con la mayor prontitud y diligencia, y al instante nos pusimos en camino, alexándonos de la hermita, y dexando por herencia á la Justicia los dos sacos de hermitaños, las dos barbas blanca y roxa, dos tarimas, una mesa coja, un arca medio podrida, dos sillas de paja despeluzadas, y la imagen de San Pacomio encantada de los ratones, por comer el pan mascado con que estaba pegada á la pared.

Caminamos toda la noche, y quando estábamos ya muy fatigados, al despuntar el día descubrimos el bosque á donde se dirigian nuestros pasos. La vista del puerto alegre, y da vigor á los moribundos cansados de una larga navegacion. Zambullímonos todos en el bosque, haciendo alto en un delicioso sitio, y dexándonos caer sobre la verde yerba de un espacioso prado, circundado de corpulentas encinas, cuyas frondosas copas, entretexiéndose unas con otras, negaban la entrada á los rayos del sol, y formaban una fresquísima sombra, que en las horas mas abrasadas del día se burlaba de su ex-

ce-

cesivo calor. Descargamos el caballo, quitámosle la brida, y echámosle á pacer por el prado. Sentámonos, sacamos de las alforjas del hermano Antonio sendos mendrugos de pan, muchos trozos de diferentes carnes asadas y cocidas, y como unos dogos nos abalanzamos á ellas, compitiendo unos con otros en la presteza y en el valor del comer. Con todo eso obligábamos el hambre á que se esperase un poco, por las frecuentes visitas que hacíamos á la bota, que en movimiento poco menos que continuo, estaba casi siempre en el ayre pasando de unas manos á otras.

Al fin del almuerzo, que fue tambien comida y cena del día antecedente, dixo Don Rafael á Don Alfonso: caballero, ya que Vmd. nos ha hecho el favor de contarnos la historia de su vida, razon será que yo corresponda á tan estimable confianza, haciéndole relacion succincta de la mia. Gran gusto me dareis, respondió cortesmente Don Alfonso. Y á mí grandísimo (interrumpí yo); porque rabio por saber todas vuestras aventuras, que no dudo habrán sido muy dignas de vos. Y como que lo son (replicó Don Rafael): fuéronlo tanto que pienso algun día escribirlas y estamparlas para la pública instruccion y diversion. En esta obra hago ánimo de divertir mi vejez; porque ahora todavia soy mozo, y quiero añadir materiales para engrosar el volumen: pero veo que todos estamos cargados de sueño. Durmamos algunas horas, y mientras dormimos los tres, Ambrosio

TOMO II.

V

ve-

velará y hará centinela para precaver toda sorpresa; que despues dormirá él, y nosotros estaremos á la escucha, pues nunca sobra la precaucion. Dicho esto se tendió á la larga sobre la yerva; Don Alfonso hizo lo mismo; yo imité á los dos, y Lamela comenzó á hacernos la guardia.

El pobre Don Alfonso, en vez de dormir no hizo otra cosa que pensar en sus desgracias. Por lo que toca á Don Rafael se quedó dormido inmediatamente; pero despertó dentro de una hora, y viéndonos dispuestos á oírle, dixo á Lamela: Amigo Ambrosio, ahora puedes tú ir á reposar. No, no, respondió Lamela; ninguna gana tengo de dormir; y aunque sé ya todos los sucesos de vuestra vida, son tan instructivos para las personas de nuestra profesion, que tendré especial gusto en oírlos contar. Así pues, comenzó Don Rafael la historia de su vida en los términos siguientes.

FIN DEL LIBRO QUARTO.

AVEN-

AVENTURAS

DE GIL BLAS DE SANTILLANA.

LIBRO QUINTO.

CAPITULO PRIMERO.

Historia de Don Rafael.

Soy hijo de una comediante de Madrid, famosa por su habilidad; pero mucho mas por sus célebres aventuras. Llamábase Lucinda. En quanto á mi padre, no puedo sin temeridad asegurar quien fuese. Podia muy bien decir quien era el hombre de distincion que cortejaba á mi madre quando yo nací, pero esta época no es prueba convincente de que yo le debiese á él mi sér. Las personas del estado de mi madre son por lo comun tan poco de fiar en este punto, que quando se muestran mas entregadas á un señor, le tienen ya prevenido un substituto por su mismo dinero.

No hay cosa como ponerse uno superior á todas las malas lenguas, sin hacer aprecio de quanto quieran decir. Mi madre, en vez de darme á criar donde ninguno me conociese, sin

v 2

mis-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO